¿Hipocresía caótica en Basora?

Niall Ferguson, *profesor de Historia de la Universidad de Harvard y miembro de la junta de gobierno del Jesus College de Oxford (LA VANGUARDIA, 30/09/05).*

Rudyard Kipling escribió una maravillosa narración breve titulada *En la muralla de la ciudad*, que cabe interpretar como una especie de metáfora del mandato británico en India y, posiblemente, del mal gobierno británico en el Iraq actual. La ciudad en cuestión -fácilmente puede colegirse que se trata de Lahore- hierve de rivalidades y antagonismos interétnicos y religiosos; entre otros grupos, Kipling menciona la presencia de chiíes "de las más encarnizadas e inflexibles facciones". A los británicos - irremediablemente- les toca intervenir, en forma y tiempo necesarios, a fin de impedir que los esporádicos disturbios degeneren en un baño de sangre a gran escala. Siempre podrá afirmarse, dirán ustedes, que esta narración no hace más que ilustrar la concepción que a los británicos les gustaba tener de sí mismos: la de altruistas y magnánimos guardianes y defensores de la paz. En realidad -así reza el razonamiento antiimperialista- fueron ellos quienes intencionadamente fomentaron las disensiones entre comunidades y etnias allí donde extendían su dominio. Personalmente nunca he juzgado este razonamiento muy convincente. En primer lugar, las divisiones (así como la violencia que acarreaban) menudearon mucho antes del dominio británico. Además, las peores luchas y disensiones de la historia del subcontinente indio estallaron cuando ya fue patente que se marchaban los británicos. No obstante, la gente prefiere pensar en términos de malvados imperialistas que sólo piensan en dividir para vencer.

Y, como no podía ser de otro modo, en cuanto se produjeron recientemente los dramáticos acontecimientos en Basora, los antiguos improperios volvieron a estar en boca de todos. Mohamed Al Waeli, gobernador de Basora, ha acusado al mando británico encargado de la operación de rescate de dos agentes especiales británicos de manos de sus captores de "arrogancia imperial". Los dos agentes, según declaraciones de un portavoz del clérigo chií Muqtada Al Sadr, "habían conspirado para desencadenar una guerra civil mediante ataques masivos contra civiles chiíes para, a continuación, echar las culpas de tales atentados sobre grupos suníes". Me parece más plausible al respecto la interpretación de que ambos agentes iban a ser asesinados a manos de las milicias de Al Sadr cuando los salvó, en última instancia, la intervención del general de brigada John Lorimer, el mando militar que dirigió la operación de rescate. Dicho esto, difícilmente los hechos de Basora podrían calificarse de un triunfo en materia de relaciones públicas. Las cadenas de televisión norteamericanas apenas podían ocultar su regocijo... Sin embargo, después de toda esa cháchara presuntuosa que pretende que los británicos saben mejor que los yanquis cómo mantener a raya a los agitadores ¡he aquí esas imágenes de los soldados del regimiento de los Coldstream Guards saltando de sus vehículos en llamas para salvar la vida! Hechos, por cierto, acaecidos pocos días después de un bien planificado ataque norteamericano contra la insurgencia en Tal Afar.

Sea como fuere, no es momento para marcarse tantos a uno y otro lado del Atlántico... La realidad es que tanto veteranos como cadetes - los integrantes de la coalición de los decididos- se encuentran en estos momentos en una situación alarmantemente vulnerable. Hace un año, cabía referirse a la posibilidad de una guerra civil en Iraq. La verdad es que en estos momentos puede decirse que se trata de una realidad en marcha que sólo la semana pasada se cobró centenares de

vidas. La cuestión estriba en saber por cuánto tiempo las fuerzas norteamericanas y británicas seguirán en condiciones de intervenir de modo eficaz para impedir que esta guerra civil progrese en espiral escapando a todo control. Más aún: ¿es que han dejado de hecho de ser actores de la representación para convertirse en meros espectadores? Quedarse en el país después de que los iraquíes eligieran a su propio Gobierno nunca iba a ser cosa sencilla; en mi libro *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*, escrito inmediatamente después de la invasión, apunté que cualquier presencia militar anglo-norteamericana prolongada sería una especie de hipocresía organizada, sistemática si se quiere... Establecí entonces un paralelismo con la costumbre victoriana del gobierno indirecto, que entrañaba dar a los gobiernos locales una apariencia de poder, sobre todo en cuestiones de seguridad, en tanto éstos gobernaban en realidad según los intereses de la metrópoli. Di por sentado que mientras persistiera una presencia norteamericana importante en Iraq, el traspaso de la plena soberanía a un Gobierno iraquí legítimo equivaldría propiamente a lo mismo. En la práctica, la soberanía en manos de las autoridades iraquíes se limitaría a los deseos y voluntades del mando militar norteamericano. En lugar de ello hemos ido a parar a algo parecido a una verdadera hipocresía caótica, desquiciada. ¿Qué es lo que ha ido mal? La historia indica dos posibles respuestas a la pregunta.

La primera es que las fuerzas de la coalición son, sencillamente, demasiado escasas para imponer el orden. En 1920, cuando las fuerzas británicas sofocaron una importante rebelión en Iraq, sus efectivos se cifraban en 135.000 soldados. Casualmente, la cifra se acerca a la del personal militar norteamericano actualmente en Iraq. El problema es que mientras la población de Iraq sobrepasaba ligeramente los 3 millones de habitantes en 1920, ahora se sitúa en torno a los 24 millones. Por tanto, si en aquel entonces la proporción iraquíes/ fuerzas extranjeras era como máximo de 23 a 1, ahora es aproximadamente de 174 a 1. Para alcanzar la proporción de 23 a 1 en la actualidad, se precisaría tener en Iraq a un millón de soldados. De modo que los refuerzos a esta escala son hoy día - no hace falta decirlo- impensables. El segundo problema es más cualitativo que cuantitativo. La pura y dura realidad enseña que controlar sectores de población urbana hostil o contraria es hoy día mucho más difícil que en tiempos de Kipling. En la narración *En la muralla de la ciudad* un veinteañero comisario de policía británico, Hugonin, logra contener unos disturbios entre musulmanes e hindúes al frente de treinta guardias a caballo armados de látigos hasta la llegada al lugar de 500 soldados de refuerzo. Al poco tiempo -refiere el narrador del relato de Kipling- "oí los gritos de la infantería británica gritando ´¡A ellos, malditos, mendigos! ¡Idos! ¡Moveos!´. Acto seguido pudieron oírse descargas de fusilería y gritos de pánico a la par que los soldados golpeaban los pies desnudos de la multitud con las culatas de sus armas al no disponer de bayonetas... Nunca se había aplastado con tanto método una apasionada y ferviente manifestación pública de credos religiosos, ni se había hecho polvo a unos desgraciados alborotadores hasta el punto de quedar totalmente sin fuerzas y con las plantas de los pies para el arrastre...".

La verdad es que vacilo unos segundos antes de referirme a aquellos días, pero es inevitable constatar que ciertamente eran tiempos anteriores a los modernos lanzagranadas y otros artefactos militares o bélicos. Como advierte el narrador del relato de Kipling, si los chiíes de hace un siglo hubieran contado con algo más que sus puños, media ciudad habría perecido...

¿Es hora, pues, de que los norteamericanos desentierren su política de cantar victoria y largarse? Me figuro que numerosos lectores míos desean fervientemente que así lo hagan. Y, no obstante -como Kipling comprendió tan bien-, existen cosas peores que intentar (aun deficientemente)

mantener el orden en un país extranjero... (Por cierto, que, después de volver hace una semana de pasar unos días en Camboya, me han asaltado inevitablemente las imágenes de los horrores que se abatieron sobre Indochina cuando los norteamericanos se fueron de Vietnam del Sur.) El tipo de violencia que podríamos presenciar en Iraq si nos fuéramos ahora - dejando que la guerra civil bramara a toda potencia- empequeñecería todo cuanto ha sucedido desde el 2003. En una ocasión pregunté a un amigo en Beirut qué acabaría sucediendo en Iraq. "Igual que en Líbano en los ochenta, pero multiplicado por diez", respondió.

Tampoco existe garantía alguna de que todo quedara en una guerra civil... La semana pasada, el ministro de Asuntos Exteriores saudí, el príncipe Al Faisal, transmitió una escalofriante advertencia a la Administración Bush en el sentido de que Iraq estaba a punto de romperse. Y expresó su temor de que tal circunstancia pudiera "arrastrar a otros países del región al conflicto". En comparación con este escenario de pesadilla, los recientes hechos de Basora fueron únicamente -para emplear otra clásica expresión del imperialismo británico- un pequeño tropiezo de ámbito local.